

**DISCURSO DE INVESTIDURA DOCTOR ‘HONORIS CAUSA’  
DE JOSEP FONTANA LÁZARO EN LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID**

**25 de noviembre de 2011**

Mis primeras palabras deben ser, como es obligado, para agradecer a la Universidad de Valladolid el honor que me concede. Es ésta una institución a la que me siento ligado desde hace muchos años por los amigos con que he contado y cuento en ella. Algunos ya han desaparecido, como Julio Valdeón y Felipe Ruiz Martín; otros siguen presentes en su trabajo en esta casa y en mi amistad. Es a estos amigos a quienes debo, sobre todo, haber aprendido a conocer y estimar esta tierra. Recuerdo, por ejemplo, mis conversaciones con Felipe Ruiz en un viaje por los montes Torozos hacia su casa de Palacios de Campos, o los muchos recorridos en los que Ángel García Sanz me ha llevado a tantos lugares de estas tierras, de Medina del Campo a Medina de Rioseco. Es así, viendo y escuchando, como aprendí muchas cosas que no se encuentran en los libros y como comencé a interesarme por el pasado de Valladolid y de su tierra.

Vivimos momentos de grandes cambios en nuestras concepciones de la historia. El rasgo que muchos de estos cambios tienen en común es el de proponernos una nueva óptica que extienda el campo de análisis a ámbitos globales en el espacio, y del momento puntual a la larga duración, en cuanto se refiere al tiempo, con la ambición de conseguir que el estudio de la historia se pueda aplicar con mayor eficacia a los problemas del mundo actual. De esa ambición han surgido en las últimas décadas los grupos que proponen, en términos del espacio estudiado, programas generalistas, y reivindican denominaciones como las de “world history”, “global history” o “transnational history”<sup>1</sup>. Y que en la propuesta de priorizar la larga duración se expresan en la llamada “deep history”, o en la “big history”<sup>2</sup>, que tiene la pretensión de abarcar la totalidad de la evolución histórica, con la idea de que este tipo de observación puede permitirnos identificar procesos, temas y pautas que resultarían imperceptibles en el tiempo corto. Una de las aportaciones esenciales de la “big history” es la de poner en primer plano el estudio de la complejidad, proponiendo que apliquemos a la historia el llamado principio goldilocks, que enriquece y desarrolla el de la llamada “path dependence” (o dependencia del camino), que se aplica en economía y en

---

<sup>1</sup> Las referencias bibliográficas fundamentales son Peter N. Stearns, *World History. The Basics*, Nueva York, Routledge, 2011; Bruce Mazlish, *The New Global History*, Nueva York, Routledge, 2006; Christopher Baily et al., “Conversation: On transnational history”, en *American Historical Review*, 111 (2006), nº 5, pp. 1441-1464.

<sup>2</sup> David Christian, *Mapas del tiempo*, Barcelona, Crítica, 2005.

otras ciencias sociales para investigar la forma en que los antecedentes, o sea la historia, influyen en los resultados del presente, incluso cuando las causas que han contribuido a crear esta dependencia parezcan no ser relevantes en la actualidad<sup>3</sup>.

La preocupación por la complejidad que ha llevado a esta ampliación del espacio y del tiempo es lógica y razonable, pero para hacer este viaje pienso que tan necesario como abrir puertas y ventanas hacia fuera es volver también la vista hacia adentro, para investigar la complejidad en el terreno corto, allá donde resulta más fácil entrar en contacto directo con los seres humanos.

La historia de Valladolid y de su tierra nos ofrece, pienso, un escenario apasionante para estudiar una evolución histórica que no puede reducirse a pautas y modelos simplistas. Hay en ella, por ejemplo, un problema que representa un desafío para las visiones tradicionales de nuestra historia. Me refiero a las causas que expliquen por qué se torció el camino que parecía conducir hacia un espléndido desarrollo industrial en el siglo XIX. Mi idea es que problemas como este requieren un análisis que enlace una visión amplia, situada en una perspectiva de alcance europeo, con un análisis en profundidad sobre el entorno local.

Hubo en estas tierras un primer momento de apogeo que Felipe Ruiz Martín retrató en su estudio sobre el pequeño capitalismo castellano: era la época en que florecían las ferias de Medina del Campo, de Rioseco y de Villalón, cuando, según nos dice, “tuvo Castilla el mejor momento de su historia, entre 1560 y 1580: demográficamente entonces alcanzó la cima de su curva. En las ciudades industriales se estaba en pleno empleo de su población activa (...). El dinero corría (...). Una ola de euforia (...) lo recorría todo”<sup>4</sup>. Valladolid, en concreto, logró superar el incendio de 1561 y vivió todavía una última etapa de esplendor en los años en que fue capital de la monarquía<sup>5</sup>.

Este apogeo se quebró desde comienzos del siglo XVII, cuando se inició una decadencia que iba a durar hasta que en el transcurso del siglo XVIII se inició una nueva etapa de crecimiento, aunque en la memoria pública siguiera perdurando la imagen de un declive que nacía de la comparación del presente con un pasado mitificado. He querido hacer una exploración acerca de esta persistencia en las mil trescientas páginas que Eugenio Larruga dedica en sus Memorias políticas y económicas, publicadas a fines del siglo XVIII, a la provincia de Valladolid, en las que parte de esa imagen negativa dominante, como en la descripción de la capital, donde pondera “la extrema

---

<sup>3</sup> Fred Spier, El lugar del hombre en el Cosmos. La “Gran historia” y el futuro de la humanidad, Barcelona, Crítica, 2011.

<sup>4</sup> Felipe Ruiz Martín, Pequeño capitalismo, gran capitalismo, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 26-27.

<sup>5</sup> Adriano Gutiérrez Alonso, Estudios sobre la decadencia de Castilla. La ciudad de Valladolid en el siglo XVII, Valladolid, Universidad, 1989, pp. 129-139.

miseria e indignancia de este pueblo, su actual abandono y desaliño, la decadencia de su comercio, fábricas y manufacturas”<sup>6</sup>.

Su población había menguado. Valladolid, nos dice, tenía a comienzos del siglo XVI “más que duplicado vecindario del que tiene hoy, con muchas más casas poderosas y pingües”<sup>7</sup>. Había quedado entonces reducida a 21.000 habitantes, siendo así que, “si la ciudad (...) tuviera la agricultura en el estado a que combida su hermosa y dilatada campiña”, podría mantener más de 100.000 habitantes<sup>8</sup>.

El principal de sus problemas era el estado de la agricultura: “Falta en primer lugar –nos dice- la industria entre los labradores; mucha parte del año viven desocupados y así no pueden sin el socorro de las manufacturas caseras prevalecer contra los naturales infortunios que suelen experimentar las cosechas, especialmente en este país destemplado, seco y de poca substancia”. Su situación se agrava, añade, porque en todo el término de Valladolid “no hay un labrador propietario; todos son renteros, que apenas cogen para cubrir los gastos, y satisfacer el diezmo y canon a su dueño”<sup>9</sup>.

La provincia tenía “una cosecha de granos superabundante para su consumo”<sup>10</sup>, pero el bajo precio que se recibía por ellos, como consecuencia de la tasa, fue causa de que se abandonara su cultivo y que la tierra se cubriese de viñas, lo que acabaría de arruinar a los labriegos, puesto que “los cosecheros de vino componen gremio enteramente separado, y de siglos a esta parte siempre ha sido el más pujante y poderoso”<sup>11</sup>.

Cuál fuese la distancia que mediaba entre un pasado en que las ferias eran el corazón financiero de Europa y este presente lo mostraría la queja que en 1754 hacían los comerciantes de Medina de Rioseco, que denunciaban que “varios arrieros maragatos y de tierra de Astorga se ocupaban en llevar de retorno las requas cargadas de géneros, tomados al pie de las fábricas de Segovia, Béjar, Navas, Nieva, Chinchón y otras de Castilla y Aragón, conduciendo estas mercaderías

---

<sup>6</sup> Eugenio Larruga, Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España, tomos XXII, XXIII, XXIV, XXV y XXVI, Madrid, Antonio Espinosa, 1792-1793, XXIII, p. 81.

<sup>8</sup> Sobre la decadencia demográfica de Valladolid en el s.XVII, Adriano Gutiérrez Alonso, Estudios sobre la decadencia de Castilla, pp. 21-96.

<sup>9</sup> Larruga, XXIII, pp. 70-71.

<sup>10</sup> Larruga, XXIII, p. 162.

<sup>11</sup> Larruga, XXIII, pp. 70-73.

al reyno de Galicia, principado de Asturias, tierra del Vierzo, reyno de León y Castilla”<sup>12</sup>. Este había sido el mercado natural de Valladolid, que vendía allí granos, vinos y manufacturas.

El del vino era posiblemente uno de sus mercados más seguros, pese a que Larruga se empeñe en decir, una y otra vez, que es de mala calidad, como consecuencia de la mala elaboración; a lo que añade que sufre una extraña transmutación, y es que, a medida que se lo transporta hacia el norte, va mejorando en una “prodigiosa transformación, acreditada por la experiencia” que “obligará siempre a los Montañeses a consumir los vinos de esta provincia”<sup>13</sup>.

Esta imagen de una sociedad decadente no sólo derivaba del hábito de comparar aquel presente con un pasado esplendoroso; sino también del hecho que Larruga recogía los documentos en que las fuerzas vivas locales hacían demandas de ayuda a la corona, que se justificaban con sus lastimeras quejas. Pero la verdad era que las cosas estaban mudando, en Valladolid y en toda Castilla la Vieja, desde mediados del siglo XVIII, y Larruga lo sabía, de modo que en la conclusión de las páginas dedicadas a la provincia, contrapone lo que le cuentan con lo que ha visto y concluye: “De los informes tomados resultó que Valladolid no se hallaba en tan absoluta decadencia, ni tan falto de recursos como se había ponderado a S.M. A reserva de la clase de menestrales, las demás del pueblo se miraban en el estado más floreciente. El lujo, que es el barómetro por donde se gradúa la riqueza de los pueblos, está en su mayor incremento (...). En un pueblo de poco más de quatro mil vecinos se cuentan más de ochenta coches, y veinte y quatro de ellos con tiros completos”. A lo que añadirá más adelante que los artesanos no son muy sobrios, sino que consumen “los mantenimientos de más lujo”, y que oficiales y jornaleros beben en exceso, de modo que “los más no trabajan sin tener en su compañía el jarro”<sup>14</sup>.

Este buen pasar de la capital se debía en alguna medida a los beneficios que proporcionaban instituciones como la Chancillería, a la que compara con “una gran fábrica de despachos de justicia [que] hace con esta manufactura el comercio de casi una tercera parte de España”, o como la Universidad, que es “otro de los fértiles recursos con que este pueblo hace contribuir a muchos pueblos”<sup>15</sup>.

Lo fundamental, sin embargo, era la reactivación que se había ido produciendo en la economía de Castilla la Vieja y León en la segunda mitad del siglo XVIII, con un notable aumento de la producción textil artesana, sobre todo en núcleos como Béjar, Palencia y Segovia, que había de

---

<sup>12</sup> Larruga, XXIV, p. 189.

<sup>13</sup> Larruga, XXIII, p. 189.

<sup>14</sup> Larruga, XXVI, p. 173.

<sup>15</sup> Larruga, XXVI, pp. 160-161.

traducirse en una mayor actividad general. Valladolid, por su parte, disponía de otras producciones y operaba sobre todo como un centro de comercio. Larruga nos dice que “suman los fabricantes y comerciantes de Valladolid tres mil vecinos, y comparado con el total del vecindario, resulta que este es un pueblo por su naturaleza negociante (...). Porque si en un pueblo de cuatro mil vecinos los tres mil son fabricantes y comerciantes (...), ha de vender las [manufacturas] sobrantes a otros pueblos. Por esta consideración se concluye que Valladolid es el taller general de las manufacturas de Castilla y León. Por esto lo contemplamos como el más dispuesto a adelantar las artes”<sup>16</sup>.

Esta profecía pareció cumplirse en lo que fue una nueva etapa de progreso para Valladolid, como para el conjunto de las tierras de Castilla la Vieja y León. Lo fue, sobre todo, en el terreno de la agricultura, con el comienzo de lo que en el siglo XIX iba a afirmarse como un próspero capitalismo agrario<sup>17</sup>, acompañado del progreso de la actividad textil lanera que, de acuerdo con el llamado “censo de manufacturas de 1784”, era mayor en estas tierras que en cualquier otra zona de la monarquía. Conocemos la forma en que su progresión ha procedido en los casos de Palencia, Béjar y, sobre todo, en el de Segovia<sup>18</sup>.

Una sucesión de problemas iban a frenar inicialmente esta recuperación, desde la hambruna y la enfermedad de 1804-1805 hasta el cólera de 1834, pasando por las consecuencias de la guerra de la Independencia<sup>19</sup>. La industria textil artesanal entraría entonces en crisis; pero en su lugar, y con una mayor concentración, se desarrollaría una producción industrial moderna, iniciada en el tejido en Béjar y, más tardíamente, en Palencia<sup>20</sup>. Mucho más notable iba a ser aun el desarrollo de la

---

<sup>16</sup> Larruga, XXVI, pp. 171-172.

<sup>17</sup> Angel García Sanz, “Desarrollo del capitalismo agrario en Castilla y León en el siglo XIX. Algunos testimonios, algunas reflexiones y un epílogo”, en Bartolomé Yun, ed., Estudios sobre capitalismo agrario. crédito e industria en Castilla (siglos XIX y XX), Valladolid, Junta de Castilla y León, 1991, pp. 19-46.

<sup>18</sup> Isabel Miguel López, Perspicaz mirada sobre la industria del reino. El censo de manufacturas de 1784, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1999, p. 75; Ángel García Sanz, Desarrollo y crisis del Antiguo Régimen, pp. 220-254, y “Verlagssystem y concentración productiva en la industria pañera de Segovia durante el siglo XVIII”, en Revista de historia industrial, 1996, nº 10, pp. 11-36. Sobre el debate acerca del Verlagssystem, véase Ricardo Hernández García, La industria textil de Astudillo en el siglo XVIII, Palencia, Cálamo, 2002, pp. 209-217.

<sup>19</sup> Celso Almuíña, “De la vieja sociedad estamental al triunfo de la burguesía harinera”, separata de Valladolid en el siglo XIX, tomo VI de Historia de Valladolid, Valladolid, Ateneo, 1984, pp. 30-135. Francisco Gallardo, Noticias de casos particulares ocurridos en la ciudad de Valladolid año 1808 y siguientes. La guerra de la Independencia, Salamanca, Caja Duero, 2009.

<sup>20</sup> Pablo García Colmenares, Estancamiento demográfico y estabilidad social en Castilla (1750-1930). Las condiciones de vida en la Palencia contemporánea, Valladolid, Universidad, 1998; Evolución y crisis de la industria textil castellana. Palencia (1750-1900). “De la actividad artesanal a la industria textil”, Madrid, Mediterráneo, 1992 y “De la desindustrialización del sector textil lanero castellano a la creación de

industria harinera, que culminaría en aquella prosperidad del Valladolid de mediados del siglo XIX, donde en 1858 se contaban “20 altas chimeneas”, en un tiempo en que el trigo y la harina circulaban por el canal de Castilla y en que la ciudad, “centro de la tela de araña castellana”, como ha dicho Celso Almuiña, se preveía que iba a ser el punto central que articularía el transporte ferroviario en la España del norte, y parecía estar en camino de convertirse en uno de los principales centros industriales de la Península<sup>21</sup>.

Este crecimiento hubo de enfrentarse a una nueva serie de obstáculos: de 1854 a 1857 la combinación del cólera, la inundación de la capital y los motines del pan; después, y sobre todo, la grave crisis financiera y agrícola de 1864 a 1868. Es verdad que el esplendor de la ciudad pareció mantenerse hasta la última década del siglo; pero el duro golpe que se inició con el hundimiento del Banco de Valladolid quebró esta trayectoria. Rafael Serrano nos explica que su consecuencia fue que cesaran los tratos mercantiles, cerraran las fábricas y se extendiera el paro, todo lo cual se vio todavía agravado en los años siguientes por la situación agrícola, que engendró una grave crisis de subsistencias. Lo peor fue que pareció perderse también “el ánimo emprendedor (...) de los núcleos más activos de la burguesía regional”, que abandonaron los sueños industriales y se replegaron a defender los intereses agrarios<sup>22</sup>.

Lo que habría que explicar, entonces, es por qué esta crisis tuvo tales efectos en Valladolid. Los años que van de 1857 a 1868 fueron de crisis general en la economía española. Las bolsas de Madrid y de Barcelona experimentaron en 1866 las consecuencias del fracaso de las expectativas creadas por las inversiones ferroviarias: se hundieron las Sociedades de crédito, que habían invertido sobre todo en los ferrocarriles, y su caída arruinó a quienes habían adquirido sus títulos. Las consecuencias del malestar general iban a crear las condiciones que llevaron a la revolución de 1868, la mayor parte de cuyos dirigentes eran, curiosamente, miembros de los consejos de administración de diversas compañías ferroviarias, comenzando por el general Serrano, que presidía el de la Compañía de Ferrocarriles del Norte.

---

pequeños centros fabriles: Palencia (1780-1930)”, en Yun, Estudios sobre capitalismo agrario, pp. 131-159.

<sup>21</sup> Javier Moreno Lázaro, “La fiebre harinera castellana: la historia de un sueño industrial (1841-1864)”, en Yun, Estudios sobre capitalismo, pp. 161-202 y Los empresarios harineros castellanos: 1765-1913, Madrid, Fundación Empresa Pública, 1999.

<sup>22</sup> Rafael Serrano García, “La crisis de un modelo expansivo: la crisis financiera y agrícola en Castilla (1864-1868)”, en Yun, Estudios sobre capitalismo, pp. 77-128 y El sexenio revolucionario en Valladolid. Cuestiones sociales (1868-1874), Valladolid, Junta de Castilla y León, 1986.

La crisis fue, por tanto, general; pero al cabo se salió de ella y se reanudó el crecimiento. Pero ¿por qué en Castilla y León se quebró el sueño industrial y el protagonismo pasó a los intereses agrarios? Pienso que las causas hay que buscarlas más allá y antes de estos años sesentas.

Para plantear este problema me parece útil tomar la evolución del problema en una perspectiva europea. A escala continental la primera mitad del siglo XIX, lo que en la historia europea se llama la época de la Restauración, de 1815 a 1848, estuvo marcada en todas partes por el reflujó de los grandes cambios introducidos por la Revolución francesa y por las guerras napoleónicas, que extendieron su influencia por todo el continente. Fue entonces cuando culminó lo que se suele designar como la crisis del Antiguo régimen, que fue más bien la construcción de un régimen nuevo, donde los cambios introducidos para satisfacer las demandas que había engendrado la revolución sirvieron sobre todo para cambiar las formas y salvar la sustancia, preservando la propiedad de la tierra de las apetencias de los de abajo, esto es de los campesinos<sup>23</sup>.

Conocemos bien cuáles fueron los rasgos más importantes de todo el proceso de la llamada reforma agraria liberal, que condujo a soluciones legales semejantes en los diversos países de Europa; pero aquí es donde nos conviene introducir las cautelas de la path dependence para entender por qué unas medidas en apariencia semejantes, condujeron a resultados distintos en los diversos países, de acuerdo con las condiciones previas que existían en ellos.

Mientras en Gran Bretaña la reforma agraria liberal favoreció el auge de una economía agrícola comercializada, en Francia consolidó la pequeña explotación campesina. Una diferencia que corresponde al éxito en la Gran Bretaña del siglo XVIII de lo que Allen ha llamado la revolución agrícola de los terratenientes y, por el contrario, en Francia, al peso político que la revolución dio a los campesinos.

Pero ¿y en España? En un trabajo publicado en 1985, que sigue siendo la mejor síntesis de la historia agraria española en la primera mitad del ochocientos, Ángel García Sanz afirmaba que “una pieza fundamental en la interpretación de la historia económica de la España contemporánea es (...) el exacto conocimiento de qué fue lo que ocurrió en el medio rural” en estos años, ya que esto iba a condicionar el progreso global a partir de mediados del siglo<sup>24</sup>.

---

<sup>23</sup> Una visión de conjunto del problema en Jerome Blum, The End of the Old Order in Rural Europe, Princeton, Princeton University Press, 1978.

<sup>24</sup> Ángel García Sanz, “Crisis de la agricultura tradicional y revolución liberal (1800-1850)”, en A. García Sanz y R. Garrabou, eds., Historia agraria de la España contemporánea. I. Cambio social y nuevas formas de propiedad (1880-1850), Barcelona, Crítica, 1985, pp. 7-99.

Uno de los problemas fundamentales de nuestra historia agraria es que hemos tratado de buscar explicaciones globales, especulando o bien con la persistencia del Antiguo régimen –cuánta literatura sobre la carencia de una revolución burguesa se escribió hace unos años-, o bien sobre modelos británicos o prusianos, o sobre otras cuestiones por el estilo, pero siempre con la pretensión de obtener explicaciones generalizables. Para acabar descubriendo que, al igual que sucede cuando consideramos las cosas en una perspectiva europea, necesitábamos también aquí, en una España tan diversa, un modelo que tomase en cuenta la dependencia del camino para explicar las diferentes vías que adoptó el proceso, dentro de un marco político común, en Valencia, en Andalucía, en Galicia o en Castilla la Vieja y que, a partir de este análisis, fuese capaz de mostrar las interdependencias que configuraron un modelo global.

Volvamos otra vez la mirada al marco europeo y a ese complejo juego de las semejanzas y las diferencias. Una consecuencia general de este proceso de transformaciones agrarias, que se hizo en todas partes a expensas de la propiedad colectiva de prados y bosques, fue en la mayor parte de Europa, con excepción de Francia, un descenso entre 1814 y la década de 1840 de los niveles de vida de la población campesina y del conjunto de las capas populares, que puede medirse a través de las investigaciones de la historia antropométrica que asocian la disminución de la estatura con un empeoramiento de las condiciones de alimentación y subsistencia.

Son en Inglaterra los años de de los destructores de máquinas y de la miseria de los tejedores en los “cuarenta hambrientos”; son en Alemania los de la pobreza de los tejedores de Silesia y de los robos de leña. Se trata, en suma, del substrato que alimentará las revoluciones de 1848.

Este cuadro general europeo en que vemos cómo disminuyen las estaturas hasta la década de los cuarenta, presenta dos excepciones: la de la Francia en que predomina la pequeña propiedad, donde no hay tal disminución, y la de España, donde la caída se prolongó hasta 1870, mucho más allá que en otros países<sup>25</sup>. Está claro que esta diferencia, que indica que la caída del nivel de vida fue más prolongada en España que en los países de su entorno europeo, debe tener sus causas en la forma en que las transformaciones sobre la propiedad de la tierra se produjeron entre nosotros, y que ninguna explicación global que no dé cuenta de este aspecto puede considerarse satisfactoria. Cuando se rechaza, como suele hacerse en estos últimos años, la imagen tradicional del atraso de la

---

<sup>25</sup> En un documento reciente Martínez-Carrión afirma que la flexión de la estatura que se inició en las décadas centrales del siglo XIX se mantuvo “hasta las cohortes de 1880”. En lo que no estoy de acuerdo es en atribuir la responsabilidad tan sólo a las “malas cosechas”. José Miguel Martínez-Carrión, *Anthropometric History of the Iberian World. Lessons We Have Learned*, Documento de trabajo nº 1108 de la Asociación Española de Historia Económica, octubre de 2011



agricultura española del siglo XIX y se descarta que el reparto de la propiedad pudiera ser un factor explicativo, alegando que lo mismo había sucedido en otros países<sup>26</sup>, se olvida que es necesario situar este análisis dentro de los respectivos marcos de cada una de las sociedades en que se produce, y que este marco era en el caso español distinto del francés, pero también del británico, donde la reforma agraria liberal vino acompañada de un desarrollo industrial que hizo posible dar ocupación a la población desplazada de unos campos en que sus brazos no eran ya necesarios.

Es importante observar que los grupos que se beneficiaron en España de los cambios en la propiedad de la tierra querían un desarrollo agrario sin industrialización. No es que fuesen ignorantes o retrógrados, sino que escogieron una vía adecuada a sus intereses, que les garantizaba beneficios y prosperidad, sin los riesgos de conmoción social que parecían anejos al crecimiento económico de los países que se industrializaban.

Ello les permitió ahorrarse el sobresalto que significó para las clases dominantes europeas la revolución de 1848. En España no hubo tal revolución. Apenas unos motines de escasa trascendencia en Madrid, en cuyas barricadas se vio a respetables ciudadanos vestidos con frac y sombrero de copa; unas partidas republicanas de corto vuelo en Cataluña y la frustración para los carlistas de que el pretendiente Carlos VI fuese detenido por los aduaneros franceses cuando trataba de entrar en el país. La represión aplicada por Narváez bastó para liquidar en breve esta amenaza.

Celebrando este hecho, un folleto publicado en aquel año, Europa y España<sup>27</sup>, lo atribuía a la falta de industria en nuestro país, lo cual celebraba. “La industria fabril –decía- no progresa, es cierto; pero esto no es un síntoma de decadencia”. Este atraso industrial había salvado a España de las conmociones de la revolución. “Acabamos –añadía- de verla pasearse en triunfo por toda la parte culta del antiguo continente”, mientras España se había salvado de ella: “¿por qué no nos preservaremos solos nosotros del torrente de anarquía y desorden que inunda hoy a las naciones de Europa?”.

No era una opinión aislada. Dos años más tarde, en 1850, Donoso Cortés manifestaba en las cortes su convicción de que el socialismo y el comunismo estaban a punto de adueñarse de España, y Martínez de la Rosa le tranquilizaba. Estas ideas, le decía, no podían entrar en España porque era “una nación eminentemente agricultora”, donde “la industria está poco desarrollada; sólo hay algunos centros de producción industrial (...); pero en lo general la población es rústica, (...), carece de estos grandes centros de producción y de consumo, y no siente estas necesidades ficticias, que

---

<sup>26</sup> Por ejemplo, en J. Pujol et al., El pozo de todos los males. Sobre el atraso en la agricultura española contemporánea, Barcelona, Crítica, 2001.

<sup>27</sup> Europa y España, Madrid, Imprenta a cargo de J. Marquesi, 1848.

asaltan a los habitantes de las grandes ciudades”. Y añadía, además, que el pueblo español “es más sobrio”, lo cual servía para explicar que “las malas doctrinas que sublevan las clases inferiores, no están difundidas, por fortuna, como en otras naciones”<sup>28</sup>.

El espléndido libro que Javier Moreno Lázaro ha dedicado a los motines populares en Castilla la Vieja y León a mediados del siglo XIX <sup>29</sup> nos revela en qué consistía la sobriedad de aquellos a quienes Martínez de la Rosa llamaba “las clases inferiores”. Eran los años en que la guerra de Crimea elevó los precios de los cereales en los mercados europeos y en que quienes comerciaban con ellos pudieron enriquecerse. Las interpretaciones tradicionales del “Lluvia, sol y guerra en Sebastopol” suelen decir que aquello fue causa de una extraordinaria bonanza en Castilla. Pero bonanza ¿para quién? En los cuadros de los motines que se desarrollaron en España entre septiembre de 1854 y octubre de 1858 que Moreno Lázaro nos da en apéndice a su libro, podremos encontrar 112 que tuvieron como escenario las tierras de Castilla la Vieja y León, quince de ellos en la ciudad de Valladolid. Si observan su tipología verán que la inmensa mayoría tienen como protagonistas a gente del pueblo –en algunos casos son manifestaciones no violentas de mujeres y niños- y su motivación fundamental es la carestía del pan. Si quieren ustedes hacerse una imagen adecuada de la bonanza castellana, lean la descripción del motín que conmocionó Valladolid y Palencia en junio de 1856, con su secuela de casas de propietarios asaltadas y fábricas de harina incendiadas.

No esperen ustedes encontrar las claves que explican estos acontecimientos en los testimonios políticos de la época. La revolución de 1854 se había hecho de espaldas a los intereses y los problemas de las capas populares. El ministro de la Gobernación, Patricio de la Escosura, negaba en las cortes que la causa de los sucesos vallisoletanos del verano de 1856 fuese la miseria, puesto que, si bien el precio de los cereales era más alto que de costumbre, “también el precio de los jornales es más alto” y el trabajo abundaba en tierras castellanas. El ayuntamiento de Valladolid, por su parte, sostenía que la revuelta la había protagonizado “una parte del pueblo sin educación”, a lo cual añadía la maléfica influencia de obreros industriales de Barcelona, Valencia y Aragón, “imbuidos en ideas y costumbres nuevas y perniciosas que habían infiltrado en los obreros de Castilla, más ignorantes y desmoralizados”.

No es mi propósito dar una interpretación de la historia de Castilla la Vieja y León a mediados del siglo XIX. No tengo conocimientos suficientes para hacerlo y los trabajos de Ángel García Sanz, de Pedro Carasa, de Javier Moreno Lázaro, de Germán Rueda, de Rafael Serrano, de

---

<sup>28</sup> Diario de sesiones del Congreso de los diputados, legislatura de 1850-1851, pp. 493-499 (el discurso de Donoso) y pp. 499-502 (la respuesta de Martínez de la Rosa; las palabras citadas en pp. 501-502).

<sup>29</sup> Javier Moreno Lázaro, Los hermanos de Rebeca. Motines y amotinados a mediados del siglo XIX en Castilla la Vieja y León, Palencia, Región Editorial, 2009.

Pablo García Colmenares o de Ricardo Robledo, entre otros, nos ofrecen muchos elementos para una reinterpretación.

Lo que he querido plantear es que, para dar pleno sentido a esta reinterpretación, necesitamos revisar la historia de la construcción del nuevo régimen en la España de la primera mitad del siglo XIX, abandonando la vieja visión legitimadora de la crisis del Antiguo régimen como una victoria colectiva contra el feudalismo, algo que inventaron los beneficiarios del proceso para legitimar sus ganancias. Una revisión que tome en cuenta los condicionamientos de la situación de partida en cada zona, tanto en el crecimiento agrario como en el incipiente desarrollo industrial, y que incluya el estudio de la suerte que corrieron en cada caso los pequeños propietarios y los jornaleros, así como los artesanos y los trabajadores de fábrica.

Sólo un estudio que integre estas piezas en una visión global nos permitirá entender por qué no existió en España una dinámica social capaz de repetir las protestas europeas de 1848, y por qué persistieron tal vez veinte años más que en el resto del continente los factores que conducían a un empeoramiento del nivel de vida de los más, que es lo que acaba reflejando el descenso de los índices globales de estatura.

Se trata de no seguir hablando de progreso o de fracaso de la agricultura o de la industrialización españolas, estableciendo comparaciones superficiales con los casos de Gran Bretaña, de Francia o de Alemania, sino de analizar la realidad con el fin de definir un modelo del crecimiento español del siglo XIX que podamos situar en el marco de las diversas vías europeas, tomando en cuenta las interacciones que se producen entre zonas que evolucionan de forma distinta dentro del mismo marco político, así como el conjunto de los actores sociales, desde los grandes propietarios y sus representantes políticos en las cortes, hasta los pequeños campesinos, y desde los financieros y los grandes comerciantes hasta los trabajadores de las fábricas. Algo que nos ha de servir, además, para entender cuáles fueron las causas de que en esta evolución compleja el capitalismo agrario castellano no consiguiera cuajar su proyecto industrial.

He comenzado mencionando la crisis del siglo XVII. Es evidente que la mejor investigación realizada hasta hoy sobre ella ha estado vinculada a esta universidad. La vecindad de Simancas es un factor que ayuda a explicarlo; pero pienso que más importante ha sido aún la voluntad de explicar una trayectoria que estuvo estrechamente asociada al auge y estancamiento de Valladolid. Creo que, del mismo modo, esta universidad se encuentra también en una posición privilegiada para desarrollar en profundidad los estudios sobre la España del siglo XIX. Me he apoyado para documentar lo que digo en una serie de trabajos que demuestran la calidad de la investigación que se está desarrollando aquí en este terreno; unos estudios que deben permitirnos entender mejor el

pasado de Castilla, pero que han de ayudar también, asentados en una buena comprensión del pasado, a orientar su futuro.

De todo esto nace que me sienta orgulloso de poder asociarme de algún modo a los estudios que aquí se han desarrollado, y estoy seguro de que se seguirán desarrollando con la misma brillantez, en el campo de la historia, y en especial de la historia económica, esta disciplina que, según afirma un libro reciente<sup>30</sup>, superada la crisis de las últimas décadas, está en pleno proceso de resurrección, dispuesta a contribuir a la tarea común de construir una racionalidad renovada que nos ayude a orientarnos en un tiempo de confusiones en que muchas viejas certezas parecen estar caducando.

Josep Fontana

Noviembre de 2011

---

<sup>30</sup> Francesco Boldizzoni, The Poverty of Clio. Resurrecting Economic History, Princeton, Princeton University Press, 2011.

